Tomo 10

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 4

San José, Costa Rica **1925** Lunes 23 de Marzo

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Homenaje a Manuel Sanguily

(Tomado de *Social,* Habana).

El arte más difícil es el de la vida. Los más de los hombres no logran aprenderlo. Pero hay algunos privilegiados, los cuales han sabido dar tal unidad a su existencia, que han hecho de ella una obra completa. El cubano insigne que acaba de dejarnos, Manuel Sanguily, por su carácter y por sus actos, nos da ejemplo de cómo puede llegarse a tanta eminencia.

Poseyó los más variados talentos y la amplia ilustración que podía utilizarlos y realzarlos. Tuvo, prenda rara, firmeza de ánimo; y poseyó, como don natural, elocuencia flexible que sabía revestirse de todas las galas de la imaginación. Se mantuvo siempre erguido, sin que lo abatiera la adversidad, ni la prosperidad lo desvaneciera. Fué un hombre. Tuvo un alto ideal, y se dirigió sin vacilaciones por la ruta que le señalaba. Esa orientación nació de su patriotismo, núcleo fecundo de cuanto realizó como soldado, como orador, como literato, como político y como iluminador de conciencias.

Enrique José Varona

Habana, 29 de enero, 1925.

Busto en bronce de don Manuel Sanguily

(Obra del escultor Sambugnac *que será levantada en uno de los parques de la Habana).*

¡El índice hacia el cielo, como si trazara su propio camino! Así lo vieron, en la tribuna pública, las generaciones que determinaron la independencia de Cuba. ¡El corazón en lo alto! Así lo ví yo siempre, en un eterno excelsior hacia la Gloria que lo esperaba, y que ya es suya, a pesar de que él no ha dejado de ser nuestro.

Agustín Acosta

Habana, 1925.

Dentro de muchos años, cuando se quiera decir toda la verdad sobre nuestra época, la historia seguramente hará la síntesis de Manuel Sanguily dentro de estas líneas paralelas: pudo ser astro esplendente en la gran generación intelectual en que brilló Martí; encarnó el prototipo de la clase, reducidísima, de libertadores cubanos que tuvieron plena conciencia de su responsabilidad y lograron llevar siempre, dignamente, aquel glorioso título.

Carlos Loveira

Enero, 1925.

La crítica póstera no habrá de hacer rectificaciones respecto al juicio que la obra de Manuel Sanguily inspiró a cuantos lo conocieron y admiraron en vida: antes bien, en el transcurso del tiempo, se acrecentará su significación y su importancia. Como orador, imposible es hallar en las letras cubanas, si se exceptúa a Martí, quien lo iguale o supere: sus discursos, aun leídos después de pasado el momento que los inspiró, conservan su vida y su frescura; y no conozco prueba más difícil que la lectura *a posteriori* para la producción de un orador. Como crítico, ¿quién le aventaja en la seguridad del método y la sagacidad de sus apreciaciones? y en su estilo, magnífico y fulgurante, ¿no está entero el hombre? Porque Sanguily fué, ante todo, él mismo, y es su personalidad lo que más veneramos. Caracteres como el suyo, símbolo de la pasión y de la dignidad humana, resumen toda la nobleza de una época, la época del sacrificio y del esfuerzo. Mientras la República aliente—y alentará mientras sobreviva el culto de los hombres así—ese alto espíritu seguirá iluminando la conciencia pública como radiante estrella fija que, desde el horizonte de la historia, señala a su pueblo la senda del deber y de las altas idealidades colectivas.

MAX HENRÍQUEZ UREÑA

Febrero 1, 1925.

Si se intenta escudriñar ya con un poco de rigor *post mortem* en la entraña de esta idolatría al héroe, de esta devoción nacional a Sanguily, compartida por tres generaciones, parece al menos (todavía no distamos bastante para estar seguros) que se encontrase fundada en cuatro motivos principales de excelencia. Apuntemos primero éste, que es el más nimio: su nombre—el romántico prestigio fonético de su nombre... SANGUILY es apellido heroico y exótico; suena a leyenda del Rey Arturo, a episodio de Cruzada, a santo y seña de hugonotes. Ese alarido de *i* aguda sobre el arabesco de la *y* griega fué de una potísima eficacia popularizadora para el gran patricio. Luego, otra razón externa: su figura, su singular prestancia física. Aquilino, se dijo de él mil veces; y era verdad. Tenía la traza límpida, erecta, alebrestada, y había en su rostro enjuto, que parecía siempre de perfil, con la alarma blanca de sus mostachos, una claridad azul de ojos nórdicos y otra claridad rósea de sangre fina. La muchedumbre, la historia, aman también estas externidades visuales, y las hacen trascender. Pero claro es que lo esencial en Sanguily es lo que le hace permanentemente digno del recuerdo y del pedestal. Fué un espíritu entero, un alma de temple inmaleable. Se quebraba, mas no se vencía. Amaba con derroche de fervores, odiaba sin disimulos y sin tregua, opinaba sin eufemismos. El pueblo sabía de esta integridad hidalga, y sabía también de su verbo—trueno romántico—y de su cultura, y de sus altos empeños literarios. El cuarto milagro que en Sanguily pasmaba era esa fecunda universalidad de vocaciones, la conciencia en él de lo militante con lo contemplativo, de la barricada con el gabinete, de lo épico con lo lírico. ¡Cuádruple amor, amor cuatro veces largo!

JORGE MAÑACH

¡Cuán implacablemente van cayendo los hijos ejemplares de la Patria, y qué estremecimiento de genuino dolor ha sacudido la conciencia nacional a la caída de nuestro Sanguily, el viejo glorioso que parecía resumir en sí todas las excelencias de la más pura estirpe criolla!

Espíritu de combate, en perpetua rebelión, parecía envolverle un aura épica; fué, en plena paz, constante mantenedor de un odio que él juzgó santo y fecundo, porque tendía a impedir, con el olvido de nuestro pasado, la re-edición, por los propios cubanos, de los enormes errores políticos cometidos por aquéllos a quienes siempre consideró enemigos jurados de nuestra tierra, combatiéndolos con su verbo de oro candente, que calcinaba el corazón de las multitudes.

De cuantas figuras patricias han disfrutado en Cuba de la devoción popular, acaso nadie como Sanguily haya suscitado tan unánimemente tal cariño, tal respeto, tal orgullo de *posesión:* muestra inequívoca del amor... El, a quien si algún reproche pudo hacérsele, quedara contenido en la célebre frase: «Mortal: no tengas odios inmortales!»

¡Y he aquí que el grande hombre muere cuando nuestro pueblo, en vísperas de un cambio de gobierno, no sabe si sonreir con una sonrisa de ironía o de esperanza!

Cuando agudas crisis políticas vuelvan, inexorablemente, a ensombrecer los anchos horizontes de la Patria... ¿a quién tornar los ojos, oh Señor!, en demanda del consejo, del anatema, de la orientación? El alma entristecida piensa en secreto en un hombre a quien ahora más que siempre, gracias a la loable iniciativa de un grupo de cubanos idealistas, habíase acostumbrado a citar junto al patriota recién caído, como almas paralelas aunque distintas... Piensa en ese hombre, y no se atreve a nombrarlo, como medrosa de atraer la cólera de los dioses sobre la cabeza blanca, sobre el alma blanca de la única gran figura que nos queda!

MARÍA VILLAR BUCETA

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por
J. GARCÍA-MONGE
Apartado 533
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega	₡ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El tomo (para el exterior)	$ 3.50 oro am.
La página mensual de avisos (4 inserciones)	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5 % de descuento. En el anual, un 10 %.

Una maestra

(De *El Sol*, Madrid)

GABRIELA MISTRAL está en Madrid. Viene de México y va a Chile. Ha colaborado en la obra emprendida por un mejicano ilustre, el Sr. Vasconcelos, para redimir al indio de su pobreza e indolencia. El Sr. Vasconcelos no es ya ministro. No lo han querido los vaivenes políticos de su país. Su obra, en cambio, tendrá que continuarse si la república de Méjico ha de realizar su destino. La obra consiste, esencialmente, en elevar el nivel del indio por medio de la educación profesional realizada en la escuela primaria. A partir de los diez años aprenderá el alumno un oficio en las escuelas de las ciudades y horticultura y agronomía en las del campo. El indio no suele ser más que peón en las ciudades; hay que convertirle en artesano. En el campo se contenta con cultivar el maíz y plantar alubias. Hay que enseñarle a sacar de la tierra más provecho. La obra era grande. Tenía que hacerse con espíritu, porque los recursos eran limitados. Por eso el señor Vasconcelos sacó de Chile a Gabriela Mistral para que le ayudase.

De Gabriela Mistral se conocían, sobre todo, los versos y las prosas que publicaban los periódicos hispanoamericanos. Sus versos eran las explosiones de un corazón cargado y generoso.

(Algunos versos eran diáfanos
y daban timbre de cristal;
otros tenían como un modo
apacible de sollozar),

dice la autora de un amigo suyo, y puede decirse de sus versos, salvo que el sollozo es más apasionado que apacible. Por ejemplo:

Cristo, el de las carnes en gajos abiertas;
Cristo, el de las venas vaciadas en ríos:
estas pobres gentes del siglo están muertas
de una laxitud, de un miedo, de un frío!

A veces el sentimiento rompe la manigua del lenguaje y se afirma triunfal, como el acero de un machete, en que se baña el sol:

Mas yo que te he gustado, como un vino, Señor,
mientras los otros siguen llamándote Justicia,
no te llamaré nunca otra cosa que Amor.

Su mejor obra es la *Oración de la maestra*. Por haber sido «rezada muchas veces en lengua castellana con acento extranjero», los maestros de español de los Estados Unidos, que habían leido en los periódicos, quisieron conocer la obra entera de Gabriela Mistral y al enterarse de que no había sido recogida en libro, tuvieron el pensamiento de editarla y el Instituto de las Españas, de Nueva York, lo ha realizado en el volumen titulado *Desolación*. Allí está la *Oración de la maestra*.

«Señor! Tú que enseñaste, perdona que yo enseñe; que lleve el nombre de maestra, que Tú llevaste por la Tierra.

Dame el amor único de mi escuela; que ni la quemadura de la belleza sea capaz de robarle mi ternura de todos los instantes.

...Arranca de mí este impuro deseo de justicia que aún me turba... ¡Sostenme! Muchas veces no tendré sino a Ti a mi lado... Dame sencillez y dame profundidad... Haz que haga de espíritu mi escuela de ladrillos».

En estas palabras—las que no copio son igualmente bellas—se nos ha revelado la maestra. Pero la maestra elemental o la maestra de maestras, si se quiere. Porque es verdad que las cualidades que sugieren: la simpatía, el talento moral, la candidez, la disciplina, la actitud reverente del espíritu y el sentido de las cosas invisibles, animan o deben animar la educación en cualquiera de sus grados, pero si son el alma de toda educación, son el alma y el cuerpo de la escuela primaria. Aquí no basta con la virtud del maestro. Hace falta que el sentimiento la trasmita al alumno.

Gabriela Mistral, que empezó de maestra primaria, ha sido muchos años profesora de Liceo en Chile. Ahora quiere volver a la escuela primaria, quizás a la escuela pública, quizás, si encuentra que la burocracia docente del Estado pesa demasiado para volar con ella, a la escuela privada. Las razones que nos dará para este cambio son que ya hay en Chile demasiados liceos y demasiada gente que no saca de ellos sino la necesidad de que el Estado la mantenga en los destinos públicos, mientras que hay un pueblo pobre y numeroso, el *roto* chileno, que necesita, como el indio de México, que se le levante de su miseria y se le ponga en el camino de su mejoramiento.

Estas razones no serían convincentes para el que cree, como yo creo, que es un gran mal el que padecen los pueblos de la América española, como la madre patria, con el bachillerato enciclopédico, que informa y no forma, y que lo que necesitan, si han de espantar de las profesiones liberales a los perezosos y a los torpes, y si han de elevar el nivel de las clases educadas hasta el punto en que comienza la creación original, es la enseñanza clásica, desinteresada, seis o siete años de temas y versiones escritas en griego, en latín y en castellano, que transformen el espíritu, mediante la lenta impregnación del alma en las disciplinas que la experiencia secular europea ha demostrado son las propias para crear el gusto, habituar al trabajo metódico y desarrollar el hábito de la conjetura y la exigencia de la veracidad.

Sólo que el caso de Gabriela Mistral es tan patente que hasta parece extraño que haya necesitado la experiencia de México para descubrir que su centro es la escuela primaria o la formación de maestros de escuela primaria. Porque la función específica de la escuela primaria, antes que enseñar a leer, antes que preparar para un oficio, es poner en su sitio los sentimientos del alumno, hacer que ame lo amable y que odie lo odioso, despertarle a la posibilidad de un reino de Dios, en el que no se miente, ni se hurta, ni se oprime, ni se explota, y donde los pechos encendidos de amor se van abriendo a la hermosura del mundo y a las potencialidades de la mente humana, hasta hallar el sentido de la vida en el aumento indefinido del poder, del saber y del amor, para lo cual es necesario que el maestro corrija las perversiones y los extravíos que en el alma del niño han dejado los pecados, la miseria o la ig-

norancia de los padres y procure redimir el porvenir de la podredumbre del pasado, gracias a que la maestra o el maestro ha sabido arrancar de su pecho, «ese impuro deseo de justicia, que aún le turba, la mezquina insinuación de protesta que sube de él cuando le hieren».

Para realizar esta obra incomparable no tiene el maestro más que un instrumento directo, su emoción, y uno indirecto, sus ideas. La levadura que inmediatamente actúa sobre el alumno es la emoción del maestro: no tanto lo que dice, como el afecto con que lo dice es lo que mueve el ánimo del niño. La mujer, sobre todo, es el maestro por excelencia, porque en ella se concentran los sentimientos de la raza. Quizás el hombre vea y realice mejor el ideal: en lo que le gana la mujer es en la emoción del ideal. Desde que el mundo es mundo debe el hombre a la mujer haber sentido las emociones que luego marcan el rumbo de su vida.

Pero ya es hora de que aprendamos a sintetizar en beneficio del ideal este poder de la mujer. Si lo hiciéramos reservaríamos la escuela elemental, convertida en la función social más elevada, a corazones grandes, como el de Gabriela Mistral, que ya sabrían escoger a los suyos para continuar su obra.

RAMIRO DE MAEZTU

Magisterio y poesía

(De *El Sol*, Madrid).

CUANDO a los postres del ágape—nunca tan justificada la extensión de este vocablo—comido recientemente por un grupo de escritores españoles y americanos en la santa compañía de la maestra chilena Gabriela Mistral, otra maestra, María de Maeztu, nos contaba su humilde y errante vida, muchos pensábamos en Santa Teresa. Luego ella misma nos reforzó la sospecha de su parentesco espiritual con la Santa de Avila cuando con una dulce voz milenaria que parecía salir de las más profundas razas aborígenes de América cantó, más que leyó, casi inaudiblemente, como un cantar de cuna, sus títulos a nuestro homenaje:

> Tengo una gracia para estar a vuestro lado:
> he enseñado a leer a gente americana,
> amasando verdad en lengua castellana.
> Dije mi Garcilaso y mi Santa Teresa,
> sacando de Castilla la norma de belleza.

En otra ocasión ha dicho también: «Yo no soy una artista; lo que soy es una mujer en la que existe. viva, el ansia de fundir en mi raza, como se ha fundido en mí, la religiosidad con un anhelo lacerante de justicia social». Otras palabras suyas, asimismo recordadas por María de Maeztu, aclaran aún más su pensamiento. Hablando de un obrero indio de Méjico, donde tan eficazmente colaboró en la reforma de la enseñanza con Vasconcelos, otro gran educador, dijo esta honda verdad: «Distinta su casa de la mía, su oración de la mía. ¡No importa! El se hallaba iluminado por igual luz de revelación en el momento de crear. Yo supe allí que éramos iguales, no por la misericordia del mandato cristiano ni por falsa igualdad ciudadana, sino por esencia: es decir, absolutamente».

Este sentimiento de igualdad, de verdadera religiosidad, que en su pureza no es relación del hombre con las divinidades abstractas, sino con la divinidad en potencia que hay en cada uno de los demás hombres, es el que ha guiado a Gabriela Mistral en su apostolado docente. Existe un tipo de falsa cultura que envanece a los hombres y los aparta unos de otros. Un concepto estúpidamente erróneo de la enseñanza hace que el hombre que ha aprendido algo menosprecie al que lo ignora. Las llamadas «clases cultas» desdeñan olímpicamente a las incultas, como si el saber más o menos no fuera casi siempre un accidente del nacimiento y la fortuna. Todo el sistema de educación colabora a diferenciar, a «clasificar» a los hombres. Los mismos Estados procuran dar en sus escuelas una enseñanza que exagera, cuando no falsea, la historia nacional, presentándola como la más sublime de todas, siempre envidiada y rebajada por los otros pueblos. Así se forma y fomenta el nacionalismo, que es desmedida exaltación de la propia patria y desafecto, cuando no odio, por las ajenas. Así se elabora en la escuela y en el hogar, que la prolonga, el fermento de muchas grandes guerras. Si, como se ha dicho, con razón, la Alemania anterior a 1914 fué obra de sus

maestros de escuela, hubiera sido preferible que hubiese suprimido su presupuesto de enseñanza. Y sería preferible que muchos pueblos hicieran otro tanto. Esa pedagogía de engreimiento personal y nacional es un residuo de barbarie que debe desaparecer. Mejor el analfabetismo.

Pero hay otro tipo de cultura que aproxima a los hombres, despertando la conciencia de su igualdad. El hombre verdaderamente culto sabe que lo que él ignora, de común con el más ignorante, es infinitamente más que lo sabe. Esto le hace humilde y le acerca a los humildes por desconocimiento. Pero no hay igualdad sin reciprocidad. No basta que el humilde culto le diga al humilde ignorante que ambos son iguales en esencia. La ignorancia engendra, a lo largo de los siglos, una conciencia servil, y el objeto primario de la enseñanza es despertar en el hombre la conciencia de su dignidad, de su igualdad con los demás hombres. Esta es la pedagogía humanista, por contraposición a la personalista y nacionalista que hoy corrompe el espíritu de los individuos y de los pueblos.

Esta es la pedagogía de Gabriela Mistral y también la de Rabindranath Tagore, otro maestro y poeta, en el fondo la misma cosa. En todo magisterio, cuando es de verdad y no sólo titularmente, hay un elemento de poesía, y en toda poesía una función de magisterio. Después de todo, el arte, como la escuela, no se propone sino elevar la especie zoológica que llamamos hombre a la plenitud de su dignidad, a la noción de su igualdad esencial, destruyendo la doble y vergonzosa tendencia a la servidumbre y al señorío que todavía prevalece en la mayor parte de los individuos. María de Maeztu quería establecer una diferencia entre maestros y poetas, diciendo que la obra de aquéllos es un camino y la de éstos un fin; pero no la hay; no debe haberla. Poco importa que la palabra sea hablada o escrita; su misión, como enseñanza y como poesía, es la misma: dignificar al hombre, elevándole sobre la bestia e igualándole humildemente con todos los hombres. Poesía que no responda a eso es garrulería verbal; enseñanza que no cumpla eso es necia pedantería.

Cuando la palabra es íntimamente magistral es siempre poesía y a veces se hace escrita, prosa o verso, como en la maestra americana y en el maestro indio. El verso o la prosa es entonces un desbordamieuto que no cabe en el alma ni en la escuela y busca el más ancho recipiente de la Humanidad y del mundo. Por esto entendemos todos a Tagore y a la Mistral, aunque sus lenguas y sus lenguajes son tan distintos entre sí y de los nuestros. Su mensaje, que viene del fondo de América y de Asia, es un mensaje qne nuestro orgullo occidental había olvidado: que hay que educar a los hombres para la dignidad humilde de los iguales, no para la soberbia vana de los desiguales. La dutce maestra, con su voz milenaria y susurrante, como una confidencia al oído, nos ha dejado una gran lección. La misma, en sustancia, que Santa Teresa.

Luis Araquistain

La sabiduría de las mil noches y una noche

=Un estudioso de las literaturas orientales ha seleccionado los siguientes hermosos pensamientos en los veintitrés tomos que forman la colección de cuentos árabes llamada Las mil noches y una noche. La selección está dedicada a los lectores del Repertorio Americano=

—¡Gloria a quien guarda los relatos de los primeros como lección dedicada a los últimos! (Prólogo).

—Piensa que para el criminal es bastante castigo su mismo crimen. (Historia del Mercader y el Efrit, noche 2).

—¿Quieres probar la amargura de las cosas? ¡Sé bueno y servicial! (Id. noche 3).

—Los malvados desconocen la gratitud. (Id. noche 3).

—En el corazón del envidioso está emboscada la persecución y la desarrolla si dispone de fuerza o la conserva latente la debilidad. (Id. noche 4).

—Quien no mire el fin y las consecuencias no tendrá a la Fortuna por amiga. (Id. noche 4).

—¿No sabéis que un minarete solamente vale algo con la condición de ser uuo de los cuatro de la mezquita? (Historia del mandadero y de las tres doncellas, noche 9).

—Un acorde no será jamás armonioso como no se reunan cuatro instrumentos: el arpa, el laúd, la cítara y la flauta. (Id. noche 9).

—Desconfía de toda confidencia, pues un secreto revelado es secreto perdido. (Id. noche 9).

—Yo encierro los secretos en una casa de sólidos candados, donde la llave se ha perdido y la puerta está sellada. (Id. noche 9).

—¡Si no tienes nada, vete sin nada! (Id. noche 9).

—No hables nunca de lo que no te importe; si no, oirás cosas que no te gusten. (Id. noche 9).

—Cuando permití que el Amor penetrase en mi morada, se enojó conmigo el sueño y me abandonó. (Id. noche 10).

—¿No sabes que, al mirarte en el agua ímpida, sólo verás tu sombra? (Id. noche 10).

—¡Qué hermoso es el perdón del fuerte! ¡Y sobre todo, qué hermoso cuando se otorga al indefenso! (Id. noche 10).

—¡No mates al inocente por causa del culpable! (Id. noche 10).

—No sientas alegría ni aflicción por ninguna cosa, pues las cosas no son eternas. (Id. noche 11).

—Aquel para quien la Suerte escribió un renglón, no tiene más remedio que seguirlo. (Id. noche 11).

—Cuando disponía del poder, mi mano derecha, la que debía castigar, se abstenía pasando el arma a mi mano izquierda, que no la sabía esgrimir. (Id. noche 11).

—Deja que las casas sirvan de tumba a quienes las han construido. (Id. noche 11).

—Sobre todo, no olvides nunca que el cuello del león no llega a su desarrollo hasta que su alma se ha desarrollado con toda libertad. (Id. noche 11).

—¡Oh, tú que pides un plazo antes de la separación y que encuentras dura la ausencia! ¿No sabes que es el medio de no encadenarse? ¿No sabes que es sencillamente el medio de amar? (Id. noche 11).

—¡El entendido no necesita utilizar los dedos! (Id. noche 13).

—No dejes escribir a tu pluma más que aquello de que puedas enorgullecerte el día de la Resurrección. (Id. noche 13).

—Si abres el tintero, utilízalo solamente para trazar renglones que beneficien a toda criatura generosa. (Id. noche 14).

—¡El fuego siempre es fuego, hijo mío! (Id. noche 13).

—La paciencia tiene su belleza, sobre todo cuando es el hombre generoso quien la practica. (Id. noche 14).

—Al que diga que hay delicias en este mundo, contestadle que pronto conocerá días más amargos que el jugo de la mirra. (Id. noche 14).

—Oh, señora mía, nuestros anhelos nunca se satisfacen ni para el bien ni para el mal. (Id. noche 15).

—Si tu esclavo tiene la culpa de tus desdichas, ¿por qué no piensas en deshacerte de él? ¿Ignoras que abundan los esclavos y que sólo tienes un alma sin que puedas sustituirla? (Id. noche 19).

—Si permaneces adherido a tu suelo, jamás escalarás la altura. (Historia del Visir Nureddin, noche 19).

—El camino de Alah es libre para todos los musulmanes. (Id. noche 23).

—No pidas justicia al infortunio, sólo hallarás el desengaño. (Id. noche 23).

—Los objetos separados han de reunirse algún día. (Id. noche 23).

—Contra lo inevitable, no hay más que invocar la cordura. (Relato del corredor nazareno, noche 25).

—A veces, el ciego, el ciego de nacimiento, sabe sortear la zanja donde cae el que tiene buenos ojos. A veces, el insensato sabe callar las palabras que, pronunciadas por el sabio, son la perdición del sabio. (Id. noche 25).

—Conozca el hombre su impotencia. La fatalidad es la única reina del mundo. (Id. noche 25).

—La embriaguez, madre del olvido. (Id. noche 26).

—Te conjuro que digas al río de mi país, al Nilo de mi país, que aquí no puedo extinguir la sed, que el Eufrates no puede apagar la sed que me atormenta. (Relato del Médico Judío, noche 27).

—Nunca juzgues con dureza y encontrarás misericordia cuando te toque el turno fatal. (Historia del Joven Cojo con el Barbero de Bagdad, noche 29).

—Lo más hermoso del mundo es lo que se hace con lentitud y madurez. (Id. noche 29).

—Sabe que la Fortuna es mujer, y, como la mujer, mudable. (id. noche 29).

—Cada hombre lleva su destino atado al cuello. (Historia de Bacbac, noche 31).

—La copa es como el vino sutil y purpurino y el vino es como la copa coloreada y trasparente. (Historia de Scha Kalik, noche 32).

—¿No sabes qué los seres nobles gozan con perdonar, concediendo un indulto completo? (Historia de Dulce Amiga, noche 33).

—Todos caminamos apresuradamente al abismo de la anulación. Podrá olvidarte hoy la Muerte, pero no te olvidará mañana. (Id. noche 33).

—Para los ojos del Muy Altísimo no hay llanos ni cumbres. Todas las alturas están niveladas, no hay hombres pequeños ni hombres gigantes. (Id. noche 33).

—Son muy escasas las aflicciones quet engan un verdadero motivo de constante preocupación. (Id. noche 33).

—Otra alma que sea tu alma no la has de encontrar. (Historia de Dulce Amiga, noche 33).

—El hombre puro siempre es vencido por las palabras de bondad. (Id. noche 36).

—El Amor es un dulce de sabroso jugo pero de pasta amarga. (Historia de Ghanem y Fetnah, noche 40).

—¿Cómo el perro ha de usurpar el sitio del león? (Id. noche 40).

—La amistad verdadera no puede soportar la amargura de la separación. Hasta el sol palidece cuando tiene que dejar a tierra. (Historia del Rey Omar al Neman, noche 49.)

—¡El mundo debe ser como la habitación del jinete viajero! (Id. noche 55).

—Ten hambriento a tu perro, si quieres que te siga. (Id. noche 61).

—No hay riqueza que valga lo que vale la sabiduría, ni hay piedra de toque mejor que la cultura del espíritu y no hay gloria mayor que el estudio y la ciencia. (Id. noche 61).

—No se puede saber si un hombre es verdaderamente bueno sino en sus iras, si un hombre es valeroso sino en el combate, si un hombre es afable sino en la necesidad. (Id, noche 80).

—La única riqueza es la que encierran los pechos. Pero cuán difícil es encontrar su camino. (Id. noche 80).

—El verdudero sabio es el que prefiere las cosas inmortales a las perecederas. (Id. noche 80).

—La plegaria solamente es hermosa cuando encamina el alma hacia las alturas. (Id. noche 80).

—¿La cosa más abominable? ¡La ostentación de la piedad! (Id. noche 81).

—¿No vale un creyente por mil infieles? (Id. noche 96).

—El valor no es otra cosa que la paciencia de un momento. (Id. noche 102).

—Los verdaderos enamorados no duermen. (Historia de Aziz y Aziza, noche 116).

—¡Conoce el admirable valor de la paciencia! (Id. noche 119).

—¡Cuán preferible es una bella pareja a la unidad! (Historia de la Princesa Donia y el Príncipe Diadema, noche 133).

—La única medicina del Amor es otro amor. (Id. noche 134).

—Aquel que quiera saber el destino de su hombre en lo futuro, aprenda a mirar el destino de quienes lo precedieron en el morir. (Id. noche 138).

—¡El tiempo lo siega todo y nada recuerda! (Id. noche 138).

—Para tener los preciados cuernos del animal hay que empezar por domar el animal o matarlo. (Id. noche 139).

—La piedad, como la entienden los cristianos, es virtud de eunucos, de enfermos e impotentes. (Id. noche 145).

—¡Cuántos pobres son ricos en sonrisas! ¡Cuántos ricos son pobres de alegría! (Cuento de la tortuga y el Martín pescador, noche 148).

—El castigo que te impone la mano de tu maestro, tendrá, al principio, cierta amargura, pero después te sabrá más dulce que la miel clarificada. (Cuento del lobo y el zorro, noche 149).

—No oprimas, porque toda opresión produce la venganza y toda injusticia la represalia. Porque si duermes después de la injusticia, el oprimido no duerme más que con un ojo y con el otro te acecha sin cesar. (Id. noche 149.

—¡El ojo de Alah no se cierra nunca! (Id. noche 149).

—Todo tiene remedio, menos la muerte; todo puede corromperse, menos el diamante; de todo puede uno librarse, menos del Destino! (Id. noche 150).

—Desconfía y procura huir cuando la víbora se enrosque mimosamente! (Id. noche 150).

(Concluirá)



Comentarios simples a una tesis de abogado

Hemos hojeado en estos días «Apuntes sobre Democracia», de Don Jorge Calzada Bolandi, (tesis leída por su autor al optar el título de Licenciado en Leyes *y ordenada publicar por la Junta Directiva del Colegio de Abogados, en virtud del mérito que encierra)*, y no resistimos a la tentación de expresar los comentarios que nos sugiere.

Dicho sin ambajes, lo que nos ha puesto la pluma en la mano, es la convicción de que el sustentante escribió unos «Apuntes sobre Democracia», desconociendo en su esencia lo que es la Democracia, y lo que es peor, que la Junta Directiva se dejó sorprender con ese tejido de contradicciones, entre cuyos inextricables galimatías encontró un mérito especial que le granjeaba la publicación.

Con todo el respeto que nos merecen el Sr. Calzada y los miembros de la Junta Directiva del Colegio de Abogados, debemos enunciar esa afirmación rotunda, porque no hemos podido encontrar eufemismos que atemperen su crudeza, y porque si es lamentable que un joven que se gradúa de Abogado ande en esos desconocimientos, resulta imperdonable que sus examinadores pongan sobre ese error la consagración de un lisonjero aplauso.

Un deber de más amplia trascendencia nos impulsa de esta vez: el continente está ponderando en su justo valor lo que es la democracia y lo que significa en su balance político; y urge que sus juventudes, sobre todo aquellas que han puesto su disciplina mental bajo los auspicios de las ciencias sociales, desentrañen el valor político de las distintas formas de gobierno viables en América, a efecto de saber cuál es la que puede obrar el milagro de su redención económica y social. No somos ya los pueblos que incorporara Colón a la civilización católica, unidades perdidas en el concierto universal, sino cifras de una ecuación de solución continental.

Y adelante: etimológicamente, la democracia es el gobierno del pueblo. Eso dicen los textos y los diccionarios y se repite desde la escuela primaria pero, a lo que parece, hay necesidad de ahondar en el significado de la definición. Talvez resultaría más docente expresar que es el Gobierno para todos. Podrá reprochársele a esta definición cierta vaguedad, pero, por lo menos, no se ofrece al equívoco. Y el equívoco se presenta para algunos, el autor entre ellos, al confundir el pueblo, suma de los habitantes de un país, totalidad de los hijos de una nación, con la otra acepción corriente del vocablo en Costa Rica: gente de humilde o baja estirpe.

Para el señor Calzada, la democracia es eso: el gobierno en manos de esa gente de oscura condición, reclutada en los bajos-fondos sociales. No voy a hacer extensas reproducciones del folleto cuestionado, pues creo que bastarán unas pocas frases para probar mi aserto:

Pagina 4: «Por consiguiente, los hombres de pensamiento y de conciencia pueden encontrarse *en el pueblo* como en la nobleza». *Conclusión lógica: pueblo y nobleza* son términos antitéticos: la nobleza no es parte del pueblo.

Misma página: «La historia nos lo dice categóricamente: cuantas veces *los pueblos* han logrado conquistar el poder, sus propios caudillos, la mayor parte ignorantes y llenos de pretensión (!?), se han encargado de *cundir* (¿por qué no: *hacer cundir?)* por todas partes el desprestigio, originando así grandes males». *Conclusión: Los pueblos* son las turbas ineptas cuyas malas pasiones no saben refrenar.

Página 6: «Y cuál es el aspecto que presentan las Democracias? Opresión ejercitada por las masas gobernantes; eliminación de las minorías capacitadas que, instintivamente, se separan de la vida pública, para contemplar de lejos el desastre de sus semejantes y de las instituciones; negación del principio filosófico de la libertad, considerada como la suprema aspiración que los hombres y los pueblos deben tener siempre, en el sentido de su perfeccionamiento». ¿Con qué derecho y con qué respaldo en la historia se hace esta afirmación? ¿La democracia griega, que es el ayer remoto, y la yankee, que es el hoy, dan pie, acaso, para esa elucubración? Y analizando sin soberbia pero con modesto orgullo ¿la democracia nuestra, merece ese concepto?

La democracia es, al contrario, la fórmula de gobierno que mejor equilibra los valores de los individuos y ofrece a todos la victoria o el ridículo, según las capacidades de cada uno: amplio campo abierto a todas las actividades y a todos los impulsos, que adolece, es claro, de imperfecciones, como que es obra humana, pero que es la que más respeta el sagrado atributo de la personalidad en sí.

Misma página: «La consagrada fórmula de que la democracia es el gobierno «del pueblo, por el pueblo y para el pueblo», parece ser una utopía que sólo pueden profesar los que viven a expensas del engaño y de la mediocridad de aquellos que los aplauden». Después de la lectura de esta frase pudiera inferirse que el autor es enemigo de la democracia; nada de eso: es que subvierte los términos: es que para él, el pueblo es el campesino, es el *concho,* es la gleba social y, claro! *ese pueblo* tiene que parecerle inepto para el manejo de los negocios públicos.

Misma página: «En el estado de inconsciencia en que se encuentran la mayor parte de *los pueblos*, podría afirmarse, sin peligro de caer en la exageración, que es absolutamente imposible que ellos ejerzan de una manera directa la soberanía». Al correr de la lectura escribimos al margen de esta frase en el folleto: Y si los pueblos no ejercen la soberanía, ¿quién la ejerce? ¿Dios...? ¿El enunciado de nuestra Constitución de que «la soberanía reside exclusivamente en la nación» (vale decir: en *el pueblo)* será una herejía a los ojos del señor Calzada?

Página 8: «¿Y en qué quedaría el dogma democrático si respondiendo (*procediendo?*) de acuerdo con un espíritu de justicia y de verdad se le dijera al *pueblo* (entiéndase: *al concho*) que sólo los capacitados tienen derecho a intervenir en la dirección de la cosa pública?» ¿Cómo que en qué quedaría? ¿Acaso ese postulado va contra la tesis o el espíritu democrático? El hecho de que la democracia sea la forma de gobierno que ofrece perspectivas y posibilidades a todo el mundo, sol que para todos sale y a todos alumbra y reconforta, no quiere decir—líbrenos Dios!—que sea un campo de experimentación de

ineptitudes, pues que su misma fuerza dinámica crea las fórmulas de selección para que sean los más idóneos y eficientes quienes tomen la suprema dirección de sus destinos. Esta aseveración robustece nuestra idea de que el señor Calzada desconoce profundamente el tema que le sirvió para bordar su tesis. Sólo quien anda trasconejado y perdido respecto de los rumbos del ideal democratico, puede asentar que quien pidiera o exigiera selección en sus directores a una democracia, desvirtuaría «el principio de igualdad con que los partidarios de ella engañan a sus oyentes», como expresa en seguida.

Con las frases copiadas, creemos haber evidenciado que el joven Calzada no tiene una noción clara de lo que es la democracia. Seguramente ha oído repetir millares de veces su definición pero ésta de poco le ha servido, pues si ha aprendido sus palabras no ha desentrañado su ideología.

Otra acotación pusimos por ahí en el folleto: se comprende que el autor no es muy partidario del *dogma* democrático—como él lo llama—. Entonces surge la interrogación: ¿Cuál sistema político le agrada? La confusión nuevamente: incurre en el error común de señalar lo que se cree la dolencia, sin diagnosticar la medicina. Veamos:

Página 4: «Eliminar arbitrariamente de la participación en la dirección de la sociedad a una parte de sus miembros, es provocar la reacción espontánea que toda opresión origina en los que la sufren. Por eso las tiranías, *a base de atropello solamente*, son tan funestas para la vida de los pueblos». Aquí parece que asoma las orejas la sombría doctrina política de *la dictadura honrada* que tan buenos secuaces tiene por ahí, reclutados entre los devotos de la violencia y que ha erigido en émulos a los Primos de Rivera y Mussolinis de allá y los Gómez y los Leguías de acá, ya que las tiranías únicamente son malas... *cuando sólo son a base de atropello,* y todos los déspotas tienen mucha habilidad en eso de ponerle rótulos de progreso, de riqueza y de civilización, a lo que sólo es el reinado del atropello y del desmán, cuando no del pillaje.

Pero no; no es ese el credo o bandera política del señor Calzada, porque más adelante, *en ia misma página 4,* expone: «Que la dirección de los pueblos corresponda únicamente a los capacitados *física y moralmente,* es la suprema verdad que los hombres deben ambicionar». Ya aquí no es la dictadura; se suspira aquí por el gobierno regido por hombres *robustos y honrados.* E interesa pensar que el autor, que ha estado contra el gobierno *del pueblo*—del pueblo como el lo entiende—por echar de menos en él el factor intelectual, en este caso lo suprime en absoluto. El ideal del joven Calzada de hombres capacitados *física y moralmente* para regir los destinos de los pueblos, nos sugiere un concepto caricaturesco: el tipo de gobernante sería un Firpo de muy nobles y finos sentimientos sin que importara un comino que este Firpo no tuviera la menor, la más remota preparación al respecto; lo que urge es esto: muy buenos músculos y muy buen corazón. Lo demás... ¿y para qué lo demás?

Pero para que se aumente la confusión, nos encontramos estotro en la *página 5:* «Y es que el exceso y el desprestigio encuentran también campo propicio en la democracia *como en cualquiera otra de las funestas formas de gobierno que se conocen*». ¿Todas las formas de gobierno conocidas, funestas y despreciables? El señor Calzada no puede decir siquiera como el dulce Zenea:

> «Mis tiempos son los de la antigua Roma
> y mis hermanos con la Grecia han muerto».

El poeta añoraba las épocas de Roma y de Grecia porque habría querido vivir en ellas y se sentía como proscrito en la nuestra; el autor que comentamos lleva su nostalgia más allá: ni el pasado ni el presente ofrecen refugio a su inquietud.

No, no está bien que estas ideas que ya van siendo moneda corriente en nuestros días, se trastruequen y se presten a la dislocación, y menos bien puede estar que una Junta Directiva de un Colegio de Abogados, le preste la gloriola de su felicitación.

J. Albertazzi Avendaño

Febrero, 1925.

La vida transitoria

Meditación de una vida que se extingue

Habéis visto jamás un ser, en torno vuestro, en quien la realidad alcanzara los sólidos perfiles de una definición? Entre el crepúsculo de nuestras acciones ¿cuál vibra con el fulgor tranquilo, verdadero de una aurora polar? Mientras la vida asume en todo, en nuestros amores y en nuestros odios, el carácter efímero de lo que no tiene valor más que en lo probable, la certidumbre se eterniza en la obra de arte: mármol, estrofa o compás, armonía trémula ¡sólida armonía!

Desde que nace hasta que muere—iba a decir desde que se levanta hasta que se acuesta—el hombre tiene el aspecto borroso del que se está yendo. Una acción hecha por sí misma, sin otra finalidad que su plena y madura realización turbaría tanto nuestro equilibrio como una pausa en la movilidad fluida de los espacios.

Nuestra cólera, nuestra sonrisa, nuestro amor, pasan como postes telegráficos en las ventanillas de un ferrocarril, derribados por la velocidad. Vibrantes de luz y de íntima poesía, se sienten ajenos a ese cuadrículo de lo azul, bueno tan sólo para las cifras alineadas del burócrata o los proyectos de un ingeniero topógrafo. ¡Viajar, símbolo eterno de vivir!

La condición es el tránsito. Nacidos ya en el atardecer de una materia desgastada en miles de formas nítidas y sobrias, nosotros mismos no somos más que puntos de coordinación entre el pasado de las savias triunfales y el porvenir de las máquinas y de los electrones.

Soplos de infinito nos cruzan, desgarrando en nuestras almas el necio orgullo humano. Sentimos entonces, en sus dimensiones dramáticas, la decadencia de la vida que hizo, antes de nosotros, el marfil sedeño de las rosas, la médula dorada de las frutas, el blanco tibio del ala de las palomas, la perlada iridiscencia de la espuma y el canto matizado del ruiseñor.

Pájaros, diamantes y lirios, en su turbadora belleza, hacen palidecer nuestra idea de perfección y nos sentimos plenamente lo que somos: flechas de un futuro ignorado, trémulas de su origen, trémulas de su destino.

Como el corcel que, cuanto más se acerca a la meta, tanto más desdeña los peligros del camino o los accidentes lisonjeros del paisaje, así la humanidad. a medida que vive, se siente más de paso en el mundo, quiere vivir más de prisa, embriagarse en su vértigo en esa especie de ansia de morir que es la verdadera locura de la vida.

Busquen los hombres prácticos a la civilización de nuestros días exégesis utilitarias. Explíquese el automóvil como un simple medio de locomoción. Declárese la filosofía de la comodidad. A pesar de todo seguiremos creyendo que esos argumentos son sólo pretextos para ocultar inconscientemente la voluntad profunda de la vida que ansía extinguirse en sí propia, tal vez para dejar a lo infinito nuevos modos de expresión.

La fatiga de crear no se manifiesta siempre en decrepitud e inercia, sino, antes bien en rápido anhelo por concluir. Se afanan a las doce de la noche, en todos los cafetines del mundo, los músicos de todos los quintetos. Las mecanógrafas vuelan sobre el teclado de la mala ortografía cuando van a sonar las siete de la noche en el reloj de la oficina y la vida.... ¿por qué no concederle también derecho a vacaciones de diciembre?

Hay que ver como se preocupa por acabar pronto, por no dejar nada pendiente para los días hermosos del descanso. Nada escapa a su ansia de agitación. El mundo cruje entre sus dedos como un piano oprimido por mil manos furiosas y en esa sinfonía discorde danzará nuestro corazón.

Nada durable. Nada quieto. Vivimos de paso. Somos una generación interina. Una voz nos llama. Otra... otra más...! y seguimos! ¿Qué importan, en efecto, las voces de los deseos cuándo el final está tan cerca?

> somos peregrinos. Vamos de pasada,
> no pedimos nada.....

Leemos los diarios: choques de autos, caídas de aeroplano, naufragio de steamers. La máquina se venga del hombre. La materia es rebelde y lenta. El espíritu puede apresurar su desarrollo pero hasta ciertos límites. Forzándolos, se liberta de su esclavitud.

Hay una especie de desequilibrio entre nuestro anhelo de tránsito y la voluntad sombría de la materia. Alas pide el alma; raíces exige la tierra. ¿Quién de las dos vencerá?

Hasta ahora la vida conservaba su aspecto provisional sin mengua de las definiciones del arte y de la religión. ¿Qué sucederá pronto con ellas? El solo punto de apoyo en que pudiera aplicarse la palanca de que hablaba el filósofo ha sucumbido y Dios sabe que aguas pantanosas y resbaladizas lo cubren por lo pronto.

Arte, magia sublime de los grandes iniciados: Platón, Dante, Fray Luis! La moda trata en vano de enmendarte. Lo interino intenta roer lo estable. Tú, que eres espíritu, y gozas de la perennidad uniforme de la materia, te haces deleznable y escurridizo como agua de corriente. ¡Pasar, huir!... norma del mundo. Norma también de los ríos cuando llegan a los grandes despeñaderos.

Ni piedra sobre piedra, ni alma sobre alma. Ninguna Babel sobrevivirá a la vida transitoria. Lo infinitamente grande y puro busca nuevos modos de creación y comienza ya a destruir lo iniciado. Vamos más de prisa porque estamos más cerca del fin. ¡Felices si al rompernos en la violencia del torrente, salpicamos de luz, un solo instante, las tinieblas!

JAIME TORRES BODET

México, D. F.

Página lírica
de Rafael Alberto Arrieta

=Del tomo SUS MEJORES POEMAS, Cooperativa Editorial "Buenos Aires". MCMXXIII=

LIED

Soñaba en la otra ribera...
El agua entre ambas corría,
indiferente y ligera.
Y él, mirándola, decía:
¡quién contemplarte pudiera
desde la otra ribera!

En la suya florecía
primero la primavera;
y el soñador no veía
las flores de su ribera:
sólo en la otra nacía,
para él, la primavera.

Y soñando siempre, un día
abandonó la ribera.
El agua entre ambas corría,
indiferente y ligera...
No vió más la primavera.

JARDINES EN EL CREPÚSCULO

Jardines en el crepúsculo,
misteriosos, musicales...
Soledad, piadoso olvido,
éxtasis... Los ojos suaves...
Deseo sin voluntad,
dulzura de abandonarse...

Se oye en la verja el graznido
del cerrojo y de la llave.

¡Si yo tuviese un jardín
abierto como una calle!

«Viajero desconocido—
diría, al caer la tarde,—
entra y descansa; no hay puerta
que te lo impida; el instante
divino goza. La noche
exige purificarse
a quienes marchan con ella...
Viajero que aquí llegaste:
renueva tu provisión
de paz, de belleza, y parte...»

LA MEDALLA

Grabar quiero esta hora nocturna en la medalla
flotante, que recorta la pantalla
sobre el papel inerte bajo la pluma activa.
Mi lámpara semeja cosa viva.
Un ramo de violetas sahuma el aire. Siento
fluir, casi sonoro, el pensamiento.
Fuera, la calle sola, nostálgica de luna,
no espera a nadie... Es dulce mi soledad como una
mujer que en la acuarela del muro mira y calla
mientras grabo la hora fugaz en mi medalla.

TRÍPTICO

LAS VOCES

Nélida, que al llegar la tibia primavera
besó mucho, en secreto, sus manos y las rosas,
en estío descubre el alma de las cosas
confiándoles la suya, como una compañera.

Sonia, que ya no cede su alma a la quimera
y ha convertido en humo reliquias dolorosas,
al sol de enero mira, sin lágrimas medrosas,
cómo florece en plata lunar su cabellera.

Ambas, las sienes próximas y las manos unidas,
en el jardín escuchan, calladas, conmovidas,
las invariables voces del único cristal.

Y oyen a un mismo tiempo, sobre el pilón sonoro,
Nélida, el madrigal de su mañana de oro,
y Sonia, la elegía de su tarde otoñal.

CRISTALOMANCIA

Cual dos frutos gemelos en una misma rama,
a un tiempo inclinan, dóciles, Dora y Esther, la frente,
pues por sus propios nombres parece que las llama
desde su cielo líquido y especular, la fuente.

¿Qué imágenes, qué voces les brinda el compartido
cristal? Ambas sonríen y callan, reflexivas;
luego, absortas, se alejan llevando el dividido
secreto que separa sus frentes pensativas.

Ya no ha de verlas juntas el engañoso cielo
que cada una sueña, total, en dulce arrobo,
con egoísmo culto y tácito recelo.

Mas volverán aisladas—rivalidad discreta—
con la fruición medrosa de cometer un robo,
a consultar el vago cristal del agua quieta...

LAS ARMAS DE EROS

Si Ruth, bajo la hoguera del astro, desafía
sus llamas con las nieves de su carne de luna,
Inés, en el paisaje nocturno, es como una
irradiación vibrante de sol a medio día.

Sólo el neutral crepúsculo las une con su broche
e identifica al cielo en que su lumbre arde:
Inés quema la antorcha postrera de la tarde
y Ruth enciende el cirio primero de la noche.

Cuando el amor, a un tiempo, las llame a su floresta,
pondrá dardos de oro y plata en su ballesta
y encordará de plata y oro su salterio.

Unidas luego al cetro del divino tirano,
Inés será la fruta tentadora en su mano
y Ruth el vaporoso cendal de su misterio.

CASI ÉGLOGA

¡Oh, si me cautivara en esos lazos
de leche y fruta y miel! Pasó ligera,
ágil como una corza. Entre sus brazos,
aro viviente, iba, prisionera
y feliz, la mañana hecha pedazos
en claros dones de la primavera:
flores húmedas, ramas olorosas
y una constelación de mariposas
y el oro en rizos de su cabellera.

Sembrando en el sendero la ondulante
caricia blanda de los pies desnudos,
ebria de juventud, toda vibrante
sobre los pechos firmes y menudos
apoyaba el brazado desbordante
como un trofeo sobre dos escudos.
Y era su voz de pájaro, y reía
como un arroyo, despertando al día
en el sosiego de los aires mudos.

Cual sediento febril a quien provoca
la vecindad de inaccesible río,
yo la dije, quemado de una loca
sed más ardiente que el fogoso estío:
—¡Dame a gustar el beso de tu boca!
—La flor también es boca, señor mío...
Cayó a mis pies la flor de su brazado
y era un clavel más rojo que el pecado.

Y así besé la aurora en el rocío...

LA HERMANA

Los niños lo sabían, quizás, pero callaban
como disimulando el pensamiento
desnudo en las pupilas virginales,
y los mayores nunca la nombraban...

¡Llevósela el amor como se lleva el viento
las hojas otoñales!

Luégo, un día, la muerte, al señalar la casa,
con su mano huesosa dejó abierta,
paréntesis efímero, la puerta.
Y los hombres dijeron severamente: ¡pasa!

Entró. (Sois menos duros
que las almas, oh, muros!)
Besó la frente maternal, ya fría,
menos fría que el alma de los acusadores,
y se alejó de nuevo, silenciosa y sombría,
a través de desiertos corredores.

Mas al partir, al transponer la puerta
oyó voces de ángeles y se detuvo incierta,
cual deslumbrada por la maravilla...
Los niños se acercaron con sencilla
franqueza, sonrientes. Y sus voces de oro
que hacen de las tiniblas la mañana,
saludaron en coro:
¡Hermana! ¡Hermana! ¡Hermana!



José Asunción Silva,
Profesor de melancolía

Para Repertorio Americano.

Contra ninguno de los grandes poetas de América se han ensañado tanto la incomprensión y el olvido como contra el colombiano José Asunción Silva; y sin embargo, fuera de Manuel Gutiérrez Nájera, Herrera Reissig y Rubén Darío, no hay otro que merezca mayor alabanza y admiración que el desgraciado autor del *Nocturno*.

Por eso, la bibliografía del vate bogotano, no cuenta hasta ahora con ninguna obra de aliento, y lo poco que sobre él se ha escrito, anda por allí, perdido en efímeras revistas, en periódicos de poca circulación y en libros de autores mediocres, que casi nadie lee. Ni siquiera en Colombia, donde no escasean los críticos literarios, alguno de ellos pensó nunca en sacar el nombre de Silva de la injusta postergación en que vive desde hace cinco lustros. Guillermo Valencia y Baldomero Sanín Cano, escritores de relieve mundial y amigos íntimos del poeta suicida, nos deben a los lectores de este Hemisferio una obra de crítica autorizada sobre este apolonida que, a nuestro juicio es, no sólo uno de los más preclaros precursores del movimiento de renovación literaria de la lengua española, sino también uno de los más sutiles y sugerentes citaredas de la poesía universal.

Poeta de la *jettatura* eterna, tampoco ha encontrado entre los críticos extranjeros la admiración que merecía: Unamuno, Coester, Ford y Goldberg, no le han sabido apreciar en su justo valor ni se han atrevido a asignarle el lugar que le corresponde en la lírica novomundana. Así, por ejemplo, el último de los autores citados, en su *Literatura hispanoamericana*, consagra 116 páginas a Darío, 52 a Chocano y a Silva sólo 8, a pesar de que éste fué también un verdadero precursor de nuestra liberación prosódica y poética. El, como lo observa Baldomero Sanín Cano, en un estudio publicado en la revista *Hispania* de Londres, «ya hacía versos en que se revelaba su talento primordial con vivos anhelos de renovación, antes de haber puesto sus ojos en la obra de Rubén Darío, y al paso que el nicaragüense cincelaba, bruñía y amartillaba sonoramente el oro y la plata, o tallaba facetas deslumbrantes y graciosas en las nobles piedras que caían bajo su mano, Silva penetraba en la composición de los metales, tanteaba su peso, les aplicaba el microscopio a los rubíes y diamantes y declaraba su experiencia en rimas nuevas de una claridad, de una amargura graciosa, lejos de toda solemnidad y de todo esfuerzo para atraerse los sufragios del gran público».

Continuando el paralelo del Maestro antioqueño, podríamos decir que Silva supera a Darío, en que su poesía es sincera y vivida, ya que José Asunción, cuya vida aristocrática es el más bello de todos sus poemas, supo ser refinado no sólo en sus versos sino también en su existencia, mientras que el autor de *Cantos de vida y esperanza*, cuya degeneración alcohólica pudimos observar nosotros en Barcelona, durante el año de 1914, era un poeta que hablaba de princesas tristes y de marquesas enigmáticas, lo

cual no era óbice para que lo viéramos después en tratos amorosos con su maritornes.

Silva poseyó innato el sentido del matiz; en tanto que Darío, por cuyas venas corría sangre chorotega —según lo confiesa él mismo—amaba los colores violentos y sentía infantil debilidad por las baratijas: como nuestros aborígenes, ¿cuántas veces no trocó su oro y sus gemas por innobles gargantillas de vidrio o por ruidosos cascabeles insignificantes?

Rubén no tuvo nunca conciencia del papel de grande hombre que le tocaba desempeñar en el mundo; por eso, jamás se puso a tono con la dignidad de su poesía, y pudiendo ser un *gentleman* altivo y fastuoso, se contentó con vivir al día, confiado en la munificencia de sus amigos, como un pobre diablo cualquiera. Su afán de exhibición y de reclamo, condújole en sus últimos años a desenfrenos de producción que rayan en asalariada grafomanía. José Asunción Silva, por el contrario, jamás traficó con su poesía ni concedió ninguna importancia a la publicidad: los versos suyos que aparecieron en revistas y periódicos, durante su vida, fueron llevados a ellos, subrepticiamente, por amigos y admiradores del bardo bogotano.

La uniformidad de la desgracia en la vida de Silva, como en la de Poe, es uno de los fenómenos que deberían solicitar la atención de los espíritus modernos, no tanto quizá por el entrecruzamiento de los sinos cuanto por la refracción constante de belleza que el dolor suscita en su grande alma consternada. Se diría—como apunta Mauclair al hablar del vate norteamericano—que cada una de las injusticias de la vida, eleva gradualmente su inspiración, que los desasosiegos exteriores se traducen en mayor orden interno, en mayor silencio misterioso y que las brutales intervenciones de la realidad, determinan en su organismo una aptitud más aguda para incursionar en las regiones de lo desconocido.

Verdadero poeta, no simple hacedor de versos, como artífice sin embargo, no fué inferior a ninguno de los otros precursores: Gutiérrez Nájera, Casal, Darío y Herrera Reissig, en la preparación técnica para realizar una obra de arte, porque era un espíritu abierto a las ideas generales, un vate, según la antigua concepción, y un poderoso acumulador de energías cerebrales, indistintamente aplicadas a la abstracción y al arte.

Nacido en la mediterránea Bogotá, de padres ricos, aristocráticos e intelectuales, la casa del poeta era el lugar de cita preferido de todo cuanto la muy noble y leal «Ciudad del Aguila Negra» albergaba en su seno de originalidad, elegancia e ingenio. Su padre, don Ricardo Silva, talento ágil y saleroso escritor de costumbres, desde la infancia supo guiar a José Asunción hacia el estudio de los clásicos castellanos y extranjeros.

Silva nació en la opulencia: su progenitor, favorecido conjuntamente por Athenea y Mercurio, poseía uno de los mejores almacenes de novedades que hace cuarenta años existían en Bogotá, ciudad entonces muy alejada del mar—vehículo de toda civilización—como que se empleaban hasta quince días para llegar a ella desde las playas del Océano Atlántico.

José Asunción recibió en la cuna—que fué de oro y marfil—el dón supremo de la belleza corporal; su figura se recuerda aún en Colombia como algo extraordinario e insuperable: era más bien alto, de contextura recia y varonil, morena y marfilina la color del rostro, en el que irradiaban un par de ojos negros de profundo mirar melancólico, perdidos en hondas visiones.

Fué el poeta de la melancolía; cantó lo fugaz, lo inexistente, lo que pudo ser, lo que fué y ya no es, y en su poesía, el amor más que un sentimiento es un recuerdo; las mujeres que cruzan por sus versos son etéreas, gráciles, cándidas y blondas y

«vivieron sus vidas, invioladas y solas
como la espuma virgen que circunda las olas».

A semejanza del poeta de *Los cuentos extraordinarios,* Silva odiaba el progreso material de nuestra época, que incuba tanta vulgaridad, y creía sólo en los valores inmutables y eternos, gozando también del cruel privilegio que Baudelaire adivinó en Edgar Allan Poe: la posesión de un exquisito temperamento estético, que era cual faro luminoso irradiando sobre las vulgaridades y pequeñeces de nuestra vida moderna, que presiden el cheque y la ametralladora.

Su melancolía, estado perpetuo de ánimo, en el que ninguno de los críticos del poeta ha parado mientes, no obedeció, como casi siempre sucede entre los poetas contemporáneos, a autosugestión, influencia libresca o simple *pose*, sino que tuvo profunda raigambre en las imposturas y crueldades de la vida, que no le dió nunca ni la milésima parte de la felicidad que merecía. El reconocimiento de tal injusticia, sublimado a diario por un ambiente hostil a toda originalidad y a toda mutación, así como el clima de su ciudad natal, húmedo, brumoso y frío, en el que los días se deslizan monótonamente como las gotas de agua en una clepsidra, desquiciaron su temperamento impresionable, hiperestesiado ya por tantos agentes externos contrarios y lo condujeron, fatalmente, a buscar en el suicidio la única solución del problema de su existencia: «cuando nada se espera de la vida, algo debe esperarse de la muerte».

Ni los reveses de la fortuna, ni la partida de la hermana amada para el viaje sin retorno, ni menos aun—como lo aseguran en Colombia algunos miopes timoratos—la influencia que sobre él ejercieron libros deletéreos, obligaron a Silva a forzar con mano viril las puertas del más allá incógnito.

Su tercer *Nocturno*, en el qne los críticos de la obra de Silva, no han visto más que un acierto rítmico insospechado, obtenido por la acopladura, en largo renglón desconcertante, de varios versos tetrasílabos, señala para los que sospechamos la tragedia íntima de nuestro gran poeta, el punto más elevado de la curva ascendente de su melancolía, cuando José Asunción, desasido ya de las vanidades terrenas, se prepara a morir, con la esperanza de encontrar en otra vida a la amada sombra errante que buscó «en sus noches de tristezas y de lágrimas».

MARIO SANTA CRUZ

México D. F. 14 Febrero de 1925.

Grandes de España
Grandmontagne y de Maeztu

Ya es una insigne fortuna pasar las horas en San Sebastián, a la sombra del monte Urgull. ¿Pues qué diremos si al encanto de la belleza del lugar se añade el regalo de la buena compañía? Dos escritores, oriundos del país vasco y bien conocidos y justamente admirados del lector argentino —Francisco Grandmontagne y Ramiro de Maeztu—fuéronme el regalo que digo. Otros muchos veraneaban por vecinas playas, pero la suerte no nos puso en la misma senda y así pasamos sin vernos. Cierto que pude ir a ellos y sé cómo me hubieran recibido; que son españoles. Pero por un sentimiento supersticioso, si queréis de la dignidad profesional—aunque sin asomo de terquedad ni menos, Dios mío, de vanidosa presunción—no he querido forzar el encuentro de nadie. Nada pido, ni siquiera un desocupado adjetivo, y no deseo que se me confunda. O, por mejor decir, y para decirlo todo, si algo busco siempre, en la patria o fuera de ella, es la riqueza de la buena amistad. Y así, en lugar de ir alargando las manos, premiosas por tales tesoros, más bien dudo, como parece lo justo, si serán para mí.

En todo caso, no habrá quien se queje de falta de cordialidad por los caminos de España. Aun el que no la busca la encuentra, y un argentino a cada vuelta y recodo.

Hablemos de los amigos. Un episodio reciente presentó a De Maeztu y Grandmontagne unidos en una misma adhesión. No obstante que cada cual ha explicado los particulares motivos de su actitud, pondré por mi parte que uno y otro representan caracteres de una vigorosa independencia, y que, por lo demás, aunque se les haya visto en el campo de una lente misma, con semejanza de gesto, es seguro que pocos hombres andarán por el mundo de tan diferente perfil y aun de tan opuestas tendencias como De Maeztu y Grandmontagne. Si no fuera que el cariño los vinculó desde temprano, mucho tiempo hace que ideas y pareceres divergentes los hubieran colocado, acaso, en campamentos separados y enemigos.



GRANDMONTAGNE
Y
DE MAEZTU

(Vistos por Bagaria).



2

Grandmontagne no vive en Madrid; tiene su casa—una casa con dos hijos que cuidar—en este blando seno donostiarra, y apenas si va a la corte (es decir, a la *villa*, que a la *corte* no irá nunca), cuando los aguaceros de la costa, que caen por semanas y meses, sin escampar un solo instante, amenazan volverle la sangre de agua; lo ha referido ya con la debida gracia. Entonces baja a secarse a Madrid, capital solar ciertamente; posa su ojo zahorí sobre todas las cosas; escudriña los problemas de la hora; escruta el horizonte de los días por venir, y retorna, cargado de asuntos, a su mesa de colaborador de *El Sol* y de *Caras y Caretas* y de *La Prensa,* repartida su atención entre España y la Argentina.

¡Y cómo se le quiere en Madrid! Allí fué donde (en la posada de San Pedro) se sirvió gran banquete en su honor, «ungido de las letras, embajador hispano», según el verso con que lo despidiera Antonio Machado, poeta de los mayores de la península. Enrique de Mesa, Azorín, Jerónimo Villalba y Ramón Pérez de Ayala firmaban la «cédula del convite». En él querían celebrar (copiaremos hermosas palabras) «ingenio felicísimo que ha conducido al habla castellana a términos de afluencia, vigor, galanura y donaire, dificultosos de emular; espíritu diserto, que ha sabido elucidar los más contrapuestos negocios con doctrina suasoria y nada árida; inventiva y arte maestra en obras de imaginación, sutilidad y fino concepto en obras de costumbres; fecundidad jamás fatigada ni fatigosa, del numen, desparramado en gacetas y hojas cotidianas; y en fin, la edificación en la persona y el dechado en la trayectoria de tal vida, siempre adelante desde el Viejo al Nuevo Mundo...» Todo esto festejaron y celebraron los artistas españoles en quien como Hernando Cortés «conquistó tierras conquistando voluntades y supo ganar amigos sin buscar agradecidos». Infiérase de la donosura de la «cédula» las bellas y preclaras cosas que en la posada se pasaron.

A la Argentina se iba el aga-

sajado [1]; Argentina donde hace años llegara mozo, flaco de todo como no fuera de talento y voluntad. Machado lo ha expresado en verso, cincelando su elogio:

El cronista
de dos mundos, bajo el sol,
el duro pan se ganaba
y de noche fabricaba
su magnífico español.

Pero oíd esto, que es cosa buena. Un día todos leyeron en *La Nación* una ardiente réplica de desconocido escritor a cierta apacible charla en que Miguel Cané, días antes, en aquel mismo diario, añorase el criado antiguo, criollo manso, servicial y fiel, reemplazado por doquier—plañíase el articulista—por un nuevo tipo de sirviente, de ojos duros y casi insolente figura. La ardiente réplica del desconocido encomiaba, con preciosa energía, la virtud dignificadora de la Argentina, que pronto al que llega fámulo le endurece los ojos, le yergue la cabeza y le endereza la espalda. Firmado: Francisco Grandmontagne.

El cual Francisco Grandmontagne, flaco de todo como no fuera de talento y voluntad, vivía frente a la desaparecida plaza Lorea (de vuelta de Río Negro, adonde había andado de pastor) en una infeliz casucha, entre cuyas buhardillas alquilaba un chiribitil, amueblado de un pobre catre de tijera, de una desnuda mesa y de una mal despatarrada silla: que fué donde, en cama aún, tocóle recibir, maravillado, la visita del elegantísimo Miguel Cané—¡ese era un gran señor argentino!—que iba a felicitarlo y a darle cálidamente la razón. Y por ahí empezó a saberse quién era Grandmontagne, y él a comprender a su vez entre qué alta gente vivía.

Después hizo de todo: novelas y crónicas, y *La Prensa,* designándolo su colaborador en Europa, extendió vastamente la autoridad de su nombre. Si quisiéramos, resumiendo el carácter de tantas actividades como fueron y son las suyas, servirnos de una sola palabra, le llamaríamos certeramente el promotor. El pasa por la vida suscitando cosas, sembrando ideales, señalando rumbos. Llego a creer que se trajo de la Argentina un gran modelo que seguir: Sarmiento. Se le parece, de seguro, en ese afán de aportación, de consejo, de auxilio, de que vive lleno. Su información, a este respecto, es siempre de primera mano y en cada caso, concreta. Es un admirable captador de buenas nuevas, El fué quien, antes que nadie, habló de Enrique George, en Buenos Aires. Algunos quisieran que en tal ocasión se cristalizara en apóstol. Imposible: Grandmontagne es un suscitador y ya es mucho. La vida le solicita de mil maneras y él no cesa de darse. A cada uno su misión y a cada misión su mérito.

3

Ramiro de Maeztu, tan distinto de Grandmontagne, tiene en sus juveniles cincuenta y tantos años, un fresco aire de zagal de la montaña. Se le podría llamar el caminante, si no estuviera mejor, por lo mucho de vehemente religioso que hay en él, llamarlo el peregrino. Pero ¡qué paradoja! Viveza de la mirada, inquietud del ceño, tensión del rostro, gimnástica disposición del continente, reclaman para su fuerza y su deseo clava y honda. Hijo de vasco y de inglesa, ha vivido veinte años en Inglaterra, y habla cotidianamente el inglés, con su compañera, una plácida londinense. Ahora veranea en la villa de Hendaya, apenas se pasa la frontera. Con el otoño, se va a Madrid.

Es hombre cultísimo. En la Universidad de Valencia, no ha mucho, habló sabiamente del derecho considerado como función social. En Inglaterra ha predicado esto mismo con aplauso y eficacia. Su libro *La Crisis del Humanismo,* tan destacado, fué su profesión de fe.

Otro dato. Ha pasado la guerra en el frente británico, sirviendo a *La Prensa.* Bueno. Para él la gran guerra no pudo ser una de tantas peripecias de la historia. Espíritu místico, afiebrado de urgentes anhelos, no supo ver sin profunda conmoción las siegas de las batallas. ¿Qué se hizo aquella juventud de gigantes ingleses de 1915? ¿Qué las falanges de muchachos garridos que Francia alineó frente al Marne? El los vió sepultarse en la nada, bajo el cañón. De día en día, los vió reemplazar por un soldado de menor estatura, y en las postrimerías de la tragedia, vió niños, fusil al hombro. De todo esto, una cosa es verdad: que también columbró señales, y que allí concibió si no el culto de la violencia, la fe en el rigor. Si hubiera andado por Buenos Aires, como Grandmontagne, creería en cambio, como éste cree, únicamente en la fuerza de las cosas, ya obedecidas, ya gobernadas, con alerta inteligencia.

Ambos tienen puesto en España el deseo. Grandmontagne no ceja en su reiterada lección de cosas, diciendo cuál es el Norte, de qué lado cae el Sur, cómo se forma una industria, de qué modo se engrandece un comercio, con qué vibra una ciudad. De Maeztu, por su parte, remontado a las ideas puras, muestra visiones de lo que será. España, según su convicción, debe ser el puente entre Europa y Africa, el camino enlazador de Occidente y Oriente. Los niños españoles, para que el prodigio se torne posible a breve plazo, han de ir sabiendo latín y griego, hebreo y árabe. Serán así mañana los realizadores de una armonía suprema, y servirán de esa suerte al verdadero destino de España, grandioso como otro ninguno. Por eso Marruecos no se puede abandonar ni ahora ni nunca.

Se le embravece la mirada, se le endurece la fisonomía, le tiembla extrañamente la voz. Nos daría un poco de miedo si no sonriera ya, imaginando su ideal conseguido, con una sonrisa de zagal... de zagal de la Biblia.

Grandmontagne no lo escucha. Se limita, frente a la ría del Urumea, a pensar concretamente en algún inmediato y claramente asequible bien.

Y caminamos los tres, muy de amigos, a la orilla del Cantábrico, en una tarde maravillosa.

ARTURO CAPDEVILA

(*Caras y Caretas,* Buenos Aires).

(1) La reseña de este homenaje puede verse en el Nº 6 del tomo III del REPERTORIO AMERICANO.

La estimación extranjera y los Programas del Sr. Brenes Mesén

La opinión extranjera ha de tomarse muy en cuenta, porque está a salvo de odios, prejuicios e incompetencias.

(Subraya el Editor los conceptos en que más debe fijarse el lector curioso).

De don Ernesto Nelson, en carta a nuestro compatriota Héctor Naranjo, por entonces residente en La Plata; escrita por el año 1918 y con cargo de Jefe de Enseñanza de la República Argentina, el Sr. Nelson:

Mi estimado Naranjo: Suponiendo que Ud. haya recibido un ejemplar del Programa de Educación que me acaba de mandar nuestro común amigo Brenes Mesén, y deseando hacer una *transcripción extensa de los mismos,* para lo cual necesitaría dos ejemplares, me tomo la libertad de pedirle si Ud. no haría el sacrificio del suyo, con un objeto que concurrirá, según espero, a la *difusión* del NOTABLE TRABAJO de su distinguido compatriota.

De don M. Salas Marchán, Director de la Escuela Normal de Chile, en carta al señor Brenes Mesén:

He tenido el honor de recibir los *Programas de Educación Primaria,* Escuelas Rurales,—aprobados por el Gobierno de Costa Rica por Decreto de 21 de diciembre de 1917, y que son *una brillante contribución de Ud. al desarrollo de la cultura y la potencia económica de su patria.* Los he leído, o mejor, *los he estudiado* con *verdadero interés,* porque están *concebidos* y *realizados* con el *nuevo espíritu* que *anima la enseñanza* de *estimular el trabajo del alumno* y *conceder toda su importancia* a las *ideas económicas* e *industriales. Dar intensa vida* a la *escuela rural, que hoy languidece ahogada por añejas rutinas, debe ser propósito primordial de los educadores.* Usted, *que lo es de verdad,* ha *dedicado, con éxito,* sus *esfuerzos* a *resolver* este *problema.*

Y para mí es *muy honroso* enviarle mis más *sinceras felicitaciones* por sus EXCELENTES Programas, que *nos orientan* para *emprender* una *obra análoga.* (1)

Haciendo votos porque los *maestros costarricenses sepan aplicarlos* en su *letra y espíritu* y porque *su patria lo cuente* por *muchos años* entre los más EFICIENTES *directores de la educación* pública, tengo el honor de presentarle el homenaje de mi más distinguida consideración.

Del Sr. José Vasconcelos, el insigne ex-Ministro de Educación de México, en la pág. 168 de la edición mexicana de sus *Estudios Indostánicos:*

Leyendo el otro día un periódico.... advertí que en las escuelas públicas de San José—que *es fama que son un modelo*— se acababa de implantar un régimen que prescribe, más o menos, lo siguiente: La escuela estará bien aereada y clara, y cuando sea posible lucirá tiestos de flores que aviven el ambiente. Antes de sentarse a sus pupitres, *los niños harán ejercicios respiratorios* extendiendo bien los brazos, aspirando el aire y después expeliéndolo lentamente, etc. *Algo semejante se hace en alguna escuela de Estados Unidos....*

(1) Vista la modestia del Sr. Marchán, encantadora en un hombre que sabe tanto de ciencia de la educación, sépase que a la fecha ha publicado dos Programas por el estilo de los del Sr. Brenes Mesén: el de Castellano (bien conocido de los pocos maestros de Costa Rica que leen) y el de Instrucción Cívica, aquí desconocido aún.

EL MONITOR DE EDUCACIÓN COMÚN de Buenos Aires, benemérito de la prensa docente americana, con el honroso título de PROGRESOS EDUCACIONALES EN HISPANO-AMÉRICA ha publicado los Programas de Educación Primaria (Escuelas Rurales) del Sr. Brenes Mesén, en los Núms. 35, 36 y 37 del año 1918.

El perspicaz Alfonso Reyes en la entrega de enero de 1919 de un mensuario *(La Unión Hispanoamericana)* que por entonces se editaba en Madrid, escribe lo siguiente, entre otras cosas:

Hay en ellos (los Programas del Sr. Brenes Mesén) un *generoso espíritu,* un *noble sentimiento poético de la vida. Señalemos* con la *piedrecita blanca* de los antiguos días *el día en que damos* con un *programa de enseñanza oficial* (¡Y EN LA DIMINUTA COSTA RICA!) que *no sólo es acertado* y *claro,* sino *profundo* en su *concepción de la cultura infantil* y poetico a ratos, sin perder la seriedad conveniente. La enseñanza urbana está dividida en cinco grados, y cada grado abarca cuatro secciones: 1ª Educación moral; 2ª Educación intelectual, estética e industrial; 3ª Educación física e higiene, y 4a. Educación económica... A continuación aparecen descritos los conceptos de la enseñanza, *en forma sugestiva y breve. Una alta preocupación paternal inspira la obra.* Y frente a cada uno de los grados, con una constancia ritual, se repiten estas palabras:

«EL AULA.—El aula debe estar siempre muy limpia; etc.»

«EJERCICIO DE APERTURA.—Al abrir las clases todos los días, después de unos tres ejercicios de respiración, etc.»

En el programa de enseñanza rural, que desenvuelve un método paralelo en cuatro grados, las anteriores palabras están sustituidas por las siguientes:

«EL AULA.—La parcela que se ara o se siembra, se limpia o se cosecha; etc.»

«EJERCICIOS DE APERTURA.—Al iniciar las clases todos los días, etc.»

¿No es verdad, lector, que nos creemos de pronto trasportados a las escuelas utópicas del *Wilhelm Meister?*

Del Sr. José D. Crespo, panameño de los que valen, un verdadero entendido en estudios educacionales, con fecha 8 de diciembre de 1919, declara:

La Secretaría de Instrucción Pública de Panamá *tiene el propósito de estudiar detalladamente* el Reglamento, el plan de estudios y *los programas de las escuelas urbanas y rurales* de ese país, *con el fin de conocerlos y adoptar de ellos los puntos que más convengan al desarrollo educativo de la niñez panameña.* Por lo tanto, *muy encarecidamente ruego a Ud.* que se sirva etc.



Juego de números

De labios de un gran amigo mío he recibido la noticia de su propia desgracia: su novia se casó con otro, hace cuatro o cinco días. Como el funcionario que sabe van a *cesarlo,* se apresuró a presentar la quiebra; pero ni él ni otros muchos pudieron engañarse.

Mi amigo es uno de los pocos hombres que merecen esta designación. Es inteligente, culto, sencillo, franco y, sobre todo, humanísimo. Jamás, por ejemplo, habla mal de nadie; jamás, tampoco, condena en definitiva. Espera siempre que el malo se convierta en bueno. Eso sí, con el francamente deshonesto, no está, lo rechaza, lo desprecia, a veces llega a odiarlo.

La novia parecía ser excepcional, al menos con respecto al tipo medio de mujer mexicana. Vivía en un pueblecito, con su madre y un hermano. La madre, como todas las nuestras, no existía sino para el amor platónico. El hermano se dedicaba al comercio, era sordo, de carácter irritable y montaba muy bien en el caballo.

A pesar de todo, la casa de esta muchacha era en el pueblecito triste el único refugio del viajero de calidad. En ella había libros, revistas, periódicos, un fonógrafo, buen chocolate y café. Además, cordialidad fina, amable hospitalidad.

Uno o dos de mis amigos estuvieron en el pueblecito triste. Hallaron bien a la novia del otro amigo. No la encontraron bonita, pero sí inteligente, bondadosa, aficionada a los libros y al canto. En la desolación, en la tristeza del pueblecito, la novia de nuestro amigo era estrella de primera magnitud, sol radiante de luz y de calor.

Pasaron—según creo—unos cinco años. Los dos se mostraban firmes en su amor. Cada mes—en el camino polvoriento—se cruzaban los atajos que llevaban los fardos de la correspondencia. En ellos había—con seguridad—una carta de mi amigo y otra de su novia. Mi amigo preguntaba: ¿cómo estaba? ¿había terminado la lectura de las novelas enviadas? ¿le parecían interesantes? ¿había alguna novedad en el pueblo? ¿se acordaba de él? Y la novia le decía: ¿vendrás en vacaciones? ¿no paseas mucho? ¿me quieres?

Un día y otro—con cuánto esfuerzo—mi amigo ahorraba un peso o dos. Para los muebles, para la mantelería, para la ropa o para los floreros del nuevo hogar. Casi no conozco un caso de dicha tan lento, tan saboreado, tan ajustado al ritmo del minuto que pasa, del minuto que llega, del minuto que vuelve a irse. Mi amigo era—en verdad—orfebre de su dicha. Y sería, además, esa su obra maestra.

La novia también se preparaba, al menos espiritualmente. De las estrellas—tan altas, tan lejanas—tomaba lecciones de esperanza. De los pájaros aprendía el saltar ligero y brillante. Y cuando iba a bañarse al río hundía sus piés en la arena, fresca y dorada.

Pero un día sobrevino la horrible desgracia: dos cartas ásperas, frías, exigentes. Después los retratos, las novelas, las cartas. Mi amigo aceptó todo. Es más, en medio de su tristeza, sintió un poco de libertad. Ningún compromiso tenía en lo de adelante. Podía esperar cosas mejores. En suma, se sentía con derecho a competir, a tomar un billete en la gran lotería universal.

Por supuesto que todos explicaron mal la tragedia, sobre todo porque existía un nuevo personaje—inspector de correos, mozo alegre y fuerte. Con este se casó—justamente—la novia de mi amigo. Pero la verdadera razón fué otra, el verdadero nuevo personaje fué otro. Fué un ingeniero alemán que llegó al pueblo a estudiar todo: las minas, el petróleo, las carreteras.

Como todo personaje más o menos ilustre, este ingeniero visitó a la novia de mi amigo. Era—por supuesto—frío, equilibrado, juicioso. Todo lo resolvía en números. Restaba, sumaba, multiplicaba y ya estaba: ese era el resultado. Ni más. Ni menos.

Y la novia de mi amigo, que tomaba lecciones de las estrellas—tan altas, tan lejanas,—de los pájaros o de la arena del río—fresca y dorada—se deslumbró ante el nuevo tipo de maestro. Tomó clases con el ingeniero, pidió y leyó libros de matemáticas. Se hizo fría, juiciosa, calculadora. Aprendió a jugar con los números. Y un día, claro, calculó el problema de su vida: mi amigo vivía a doscientos kilómetros de ella, tenía treinta años y hacía seis que eran novios. El inspector de correos, tenía, en cambio, veinticinco años y vivía a la vuelta de su casa. Sumó, restó, multiplicó y obtuvo el resultado. Exacto. Sin más ni menos.

Yo, que en este caso he querido averiguar las causas exactas de la desgracia de mi amigo, he llegado a descubrir que no fué el inspector de correos quien hizo la conquista, sino el ingeniero alemán, y que la causa verdadera, exacta, fué el último aprendizaje que hizo la novia de mi amigo: el del juego de números.

DANIEL COSÍO VILLEGAS

México, D. F.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica